

pueblo de corta existencia. Apenas se establecen las primeras españolas en el río de la Plata, surge el conflicto pasional, la aventura novelesca. Había llegado en la expedición de Gaboto una mujer de cierta belleza, Lucía Miranda, esposa del soldado Sebastián Hurtado. El cacique de los Timbúes, llamado Mangoré, se enamoró de la dama blanca y quiso hacerla suya, al mismo tiempo que exterminaba á los cristianos. Era gobernador del fuerte Don Nuño de Lara, buen caballero, que al par que sostenía excelentes relaciones con los indios, cuidaba de la seguridad del pueblo y el mantenimiento de la disciplina. Aprovechando Mangoré la oportunidad de haber salido una parte de la guarnición en busca de víveres, se presentó al gobernador seguido de 30 indios cargados de vituallas. Cerca del fuerte quedaba un hermano suyo llamado Siripo, con numerosa horda de indios oculta en el bosque.

Nuño de Lara, con su cortesía castellana, agradeció mucho el regalo y convidó á Mangoré y los suyos á quedarse en el pueblo, celebrando por la noche un gran banquete. Cuando los españoles se durmieron, el cacique hizo señas á su hermano, prendió fuego á la sala de armas y abrió las puertas del fuerte. Los indios de Siripo cayeron sobre los españoles, pereciendo asesinados durante el sueño la mayor parte; pero algunos, entre ellos el gobernador, consiguieron armarse, emprendiendo una lucha sin esperanza para morir matando. El valeroso Nuño de Lara, con el costado atravesado por una flecha, mantuvo á distancia á sus acometedores, matando á muchos de ellos. Luego, ansioso de venganza, se abrió paso en la multitud hasta llegar á Mangoré, acabándolo con un tajo de su espada. Los dos jefes cayeron para no levantarse más, y Siripo quedó dueño del campo y de la hermosa Lucía Miranda. El fuerte y la población fueron incendiados y arrasados, escapando sólo con vida las mujeres y niños, para sufrir la más degradante de las esclavitudes.

Sebastián Hurtado volvió al día siguiente con la partida que había salido en busca de víveres, y al ver las ruinas del pueblo y enterarse de la suerte de Lucía, se apartó de los españoles para ir en busca de su esposa. Al presentarse ante Siripo, éste quiso librarse de él matándolo; pero intervino Lucía con sus lágrimas y súplicas y el nuevo cacique decidióse á respetar la vida del marido con la dura condición de que tomara mujer entre las doncellas timbúes, dejando la española para él. Los esposos fingieron acceder á todo, con el deseo de ganar tiempo y preparar la huída; pero enterado Siripo de sus propósitos, hizo amarrar á Sebastián Hurtado á un árbol, matándolo á flechazos, y Lucía Miranda, mártir de la fidelidad conyugal, pereció en una hoguera (1).

La catástrofe de Santi Spíritus acabó de quebrantar la energía de Gaboto. Los suyos mostrábase descontentos de estos tres años de penalidades sin provecho alguno y hablaban de apuñalearlo. Las montañas de plata veíalas cada vez más lejanas, y, para colmo de sus desdichas, no recibía noticia alguna de los auxilios esperados de la Península.

Al fin, Gaboto y Diego García se embarcaron para España sin haber podido llegar á la codiciada tierra del «Rey blanco», al misterioso Perú, cuyo nombre ignoraban. Igualmente desconocían que mientras ellos iban de vuelta á Europa en 1530, otro aventurero llamado Pizarro estaba ya preparando por la parte del Pacífico su famosa expedición al rico imperio.

El infortunado Gaboto volvió á su punto de partida con sólo 20 hombres de los 200 que habían salido en su armada. En vez de traer «las naos cargadas de oro», cual habían soñado

(1) De esta historia, real ó legendaria, sacó una tragedia titulada *Siripo* el primer poeta argentino que se conoce, D. Manuel José de Labardén, el cual vivió de 1754 á 1810. *Siripo* se representó en el Corral de Comedias de Buenos Aires á fines del siglo XVIII. Un incendio acabó con este teatro, de forma primitiva, y las llamas consumieron gran parte de la tragedia, de la que sólo quedan algunos fragmentos.

él y Diego García, volvían los dos, como dice el antiguo historiador Oviedo, «codiciando lo que no hallaron, deseando lo que no vieron, y, finalmente, acabando sin honra y sin provecho.» Gaboto, según se lee en sus declaraciones, trajo á España tres indiecitos «hijos de mayores (caciques), para que, vueltos allá, fuesen lenguas (intérpretes) y medianeros en la paz». Esto indica que pensaba regresar al famoso río. En punto á riquezas, sólo trajo... ¡una onza de plata! Esto, y una libra que había remitido antes por conducto de un español llamado Calderón, al enviarlo á la Península en demanda de auxilios, era todo el metal precioso que había podido recoger entre las tribus ribereñas.

Pero lo escaso del botín no disipaba las ilusiones. Existía la plata, venida de las remotas y legendarias montañas, y esto bastaba para sostener las esperanzas.

El río de Solís quedó bautizado entonces definitivamente con el título de río de la Plata, gracias á Gaboto y al pedazo de metal que trajo, no más importante que una pieza moderna de cinco pesetas. El desgraciado navegante no pudo volver en busca del «Rey blanco»; pero sus relatos entusiastas enardecieron á muchas gentes. Nadie se fijaba en los infortunios y la derrotada pobreza de Gaboto. Todos escuchaban con avidez la repetición de los informes de los compañeros de Alejo García, de los caciques indígenas y del capitán César. El río de la Plata valía más que los otros descubrimientos de las Indias. Mientras no se conquistó el Perú, este río fué el fantástico Dorado de los navegantes. La onza de metal precioso traída por Gaboto era agrandada por los entusiastas, hasta convertirla en un cerro inmenso.

* * *

El cambio de título del río de Solís fué en cierto modo profético. La plata significa riqueza, y pocos países del mundo son tan ricos como esta parte de la América del Sud.

De plata era el río, de plata sus inmensos territorios ribereños, pero esta plata no se encontraba en minas, cual en otros países. Debía sacarse de las entrañas de la tierra con la punta del arado, en forma de cosechas inagotables, y sólo después de las operaciones necesarias de siembra, recolección y venta era cuando se convertía en metal precioso.

Pero en el siglo XVI los españoles y todos los hombres del viejo mundo despreciaban este modo de producir riquezas. Querían el oro y la plata en forma concreta, sin más trabajo que agacharse para cogerlos, aunque con ello arriesgasen la vida. Jamás se les ocurrió detenerse á examinar si la tierra era explotable. Nada tiene de extraño que ocurriese esto en remotos tiempos, cuando en la época actual, sólo desde hace pocos años se ha pensado seriamente en cultivar el suelo argentino.

Los conquistadores, únicamente á impulsos del hambre se acordaban de la agricultura. Cuando se iniciaron los descubrimientos, gritaba un sabio italiano: «¿Á qué buscar tierras iguales á las nuestras y cosechas que ya tenemos en Europa?... ¡Al Sud! ¡Navegad siempre hacia el Sud; donde están los hombres negros; donde se encuentra el oro!... Creíase en aquella época que el sol ardiente del Sud, ó sea del Ecuador, quemaba el cutis de los negros, dándoles su obscuridad, y al mismo tiempo se transformaba en oro al hundir sus rayos en ciertas tierras. Por esto, donde hubiera negros ó cobrizos; creíase en la certeza del oro.

El río de la Plata seguía ocupando las imaginaciones. Montes y Ramírez, los dos compa-



UNA NAO ESPAÑOLA (De un grabado antiguo).

ñeros de Alejo García, habían vuelto á España con Gaboto é iban propalando por todas partes sus maravillosas historias del «Rey blanco» y la Sierra de la Plata. Diego García enseñaba en la corte un curioso medallón adquirido de los indígenas ribereños, el cual procedía indudablemente del Perú, representando unos *guacas* ó ídolos, con báculos y mitras; ídolos que los devotos cortesanos tomaban, según una memoria de la época, «por dos obispos y el Padre Santo». Esta pieza, de grosero cincelado, la onza de Gaboto y los últimos restos del envío de Alejo García á sus camaradas, fueron, según el historiador Herrera, en sus *Décadas*, «los primeros pedazos de plata que llegaron de las Indias á Castilla». Los tesoros del Perú enviaban á Europa con esto su primera y más insignificante muestra de riqueza, á través de los desiertos del Chaco y de las tribus del Río de la Plata.

Al mismo tiempo empezaron á llegar noticias de la ruidosa empresa de Pizarro y los enormes tesoros conquistados por él en la tierra de los Incas. ¡Luego el *Rey blanco* no era un sér fabuloso!... Los navegantes infortunados que se habían creído cerca de él y de su reino al remontar el río de la Plata, tiemblan ahora de impaciencia y quieren volver. Pero Gaboto no puede embarcarse por estar comprometido en fastidiosos pleitos, y el portugués Diego García no goza de influencia en la corte. Se prepara una gran expedición á las tierras del Plata, pero el negocio marcha lentamente, pues las guerras de Europa preocupan al poderoso Carlos V, sin dejarle tiempo de pensar en sus posesiones del Nuevo Mundo.

La llegada á España, desde el Perú, de Hernando Pizarro, en Enero de 1534, con un cargamento de riquezas, viene á enardecer aún más las imaginaciones. El aventurero trajo, según relata Herrera, «38 vasijas de oro para el Emperador, 48 de plata; cántaros y ollas, todo de precioso metal; un ídolo de oro como un niño de dos años... y para particulares 24 cántaros de plata y 4 de oro, sin contar la plata y el oro en planchas y barras». Hay que tener en cuenta que el metal valía entonces seis veces más que ahora. Júzguese del efecto que produciría la llegada del enviado del Perú. Una locura delirante pareció apoderarse de todos los que en España ansiaban aventuras ultramarinas.

La corte aceleró la expedición al Río de la Plata. Si Pizarro había llegado por el Pacífico al país de las riquezas, mejor podrían posesionarse de él otros cristianos entrando por el antiguo río de Solís. El cálculo no era falto de razón. Sólo ignoraban, los que tal decían, la existencia del Chaco con sus áridas soledades, que hacen dificultísima toda exploración. El éxito tenía por seguro siempre que se organizara una armada grande. El mismo Gaboto — según las gentes de la corte — hubiera podido triunfar de sostenerse allá más tiempo, pues el Emperador en 1530 había enviado en su auxilio á Juan Gómez de Arbolancha con una carabela, cuando ya el veneciano estaba camino de España.

El entusiasmo por las riquezas del Nuevo Mundo hizo que altos personajes solicitasen el mando de la expedición, volviendo la espalda á las guerras de Europa, cosa nunca vista. Sólo navegantes y soldados de aventura habían embarcado hasta entonces para las Indias. El Adelantado de las islas Canarias y el Comendador Herrera, solicitaron el mando de la armada; pero la monarquía española, siempre falta de dinero por sus negocios de Europa, necesitaba que la ayudasen en la empresa. Entonces los íntimos del Emperador se fijaron en Don Pedro de Mendoza, caballero de Guadix, que había tomado parte en las campañas de Italia y especialmente en el saco de Roma, mejorando mucho su fortuna, ya cuantiosa, con el botín de esta operación de guerra. Pariente cercano de Francisco de Cobos, secretario de Carlos V, gozaba en la corte de poderosa influencia. Además, ofrecía la ventaja de sus riquezas y su pericia de soldado.

De todos los conquistadores americanos, Mendoza fué el más opulento y de mayor representación social. Cuando se embarcó era todavía joven, pues á su muerte sólo contaba cua-

renta años. Sin embargo, las aventuras militares habían quebrantado profundamente su salud, y apenas llegado á la madurez de su vida, era una especie de valetudinario, de genio duro y humor agriado por los tormentos de la enfermedad.

Para darse cuenta exacta del carácter de Mendoza, hay que recordar lo que eran en aquellos tiempos los caballeros andaluces; rudos jinetes acostumbrados á tenerse en la silla antes de aprender á andar, enérgicos hombres de armas recién establecidos en un país que sus padres habían tomado á los moros. Los caballeros andaluces gozaban fama de ser poco respetuosos así que tomaban las armas. Presenciando Carlos V una justa en Jerez, bajó al palenque para romper una lanza en honor de su esposa la Emperatriz; pero los caballeros de la tierra, olvidándose de su rango y viendo en él sólo á un contendiente, le rasgaron la ropilla de un lanzazo, derribándolo del caballo. Después de esto, ya no quiso el Emperador meterse en juegos con estos caballeros montaraces.

Mendoza accedió á preparar á sus costas la expedición, obligándose á llevar á los lejanos países del Río de la Plata cien caballos y cien yeguas, origen de la inmensa ganadería caballar que pocos años después invadió la pampa entera. Recibió el título de Adelantado del Río de la Plata por dos vidas, pudiendo designar libremente su sucesor, y á más el título de conde con 10.000 vasallos indígenas. Hasta previendo el caso de que encontrase al poderoso «Rey blanco», disponíase en las capitulaciones con el Emperador el reparto de sus riquezas inmensas.

Jamás se preparó expedición alguna en España con tanto ruido y éxito. Once naves la formaban, con más de 1.000 soldados y numerosas mujeres. De todas partes acudían voluntarios atraídos por la fama legendaria de las tierras del Plata y la cuantiosa fortuna del Adelantado. Hasta alemanes se alistaron en la expedición, soldados aventureros de los que prestaban sus servicios al Emperador, entre ellos Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de esta conquista. «Publicada la jornada — dice Herrera en sus *Décadas* —, la calidad de la persona de Don Pedro Mendoza, el nombre del río de la Plata y las nuevas que corrían por todo el mundo



RETRATO DE ULDERICO SCHMIDEL. (De un ejemplar antiguo de su libro).

de las riquezas de las Indias, por las muestras que veían, acudió tanta gente que, por evitar gastos, convino que se diera mucha prisa en la partida».

Otras razones obligaron á esta urgencia. La fama de los tesoros que podían hallarse remontando el gran río, esparcióse por toda Europa. De Portugal había salido ya Alfonso de Souza con cinco naves, llevando á bordo al vehemente é hiperbólico Enrique Montes, el compañero de Alejo. Otra expedición se preparaba en Lisboa con el mismo destino, para llegar al Perú por la parte de Oriente. El Emperador dió orden á Mendoza de acelerar la salida, y el 24 de Agosto de 1535 partió la flota de Sanlúcar de Barrameda.

El historiador Oviedo, hablando de esta expedición nunca vista, dice que era «digna de César». No se equivocaba; pero por ser demasiado grande, no podía llegar á buen término. El altivo individualismo español se opone á las aglomeraciones disciplinadas de hombres. Cortés y Pizarro llevaron poca gente á sus empresas, y aun así no se vieron libres de disensiones y revueltas. Mil españoles, amontonados en una sola expedición, y teniendo que vivir en forzoso aislamiento, marchaban seguramente al fracaso. Á más de las asperezas del carácter nacional, había que contar con las numerosas mujeres que iban á bordo, algunas de ellas grandes damas de vida regalada que se habían embarcado á impulsos del entusiasmo, por seguir á sus padres y esposos, pero que no podían avenirse á las estrecheces y pobreza de la navegación (1). Hay que imaginarse á las bellas señoras de Sevilla y Granada con sus huecos guarda-infantes y sus ricos mantos, sin poder moverse apenas en las angostas naves, soportando la vecindad de las tripulaciones medio desnudas, que muchas veces se espulgaban al sol, teniendo que disputarse un asiento, un cubo de agua, una cantidad de víveres de relativa frescura; asediadas al mismo tiempo por los galantes homenajes de aquellos hidalgos espadachines, capaces de ir á estocadas por una mirada, una cinta ó un guante. Las pesadas naos cabeceaban sobre las olas con rumbo á la ilusión y la fortuna, á través del Océano poco frecuentado, como rebullentes hormigueros de intrigas, odios y peleas.

El Adelantado iba enfermo en su cámara, dando muestras de un humor irresistible, dudando de sus más allegados, viendo una conspiración en murmuraciones insignificantes. Los nobles de rancia alcurnia, los gentilhombres del Emperador, viejos combatientes de las guerras de Italia, de una altivez irreductible, creían recibir una ofensa cada vez que un compañero era agraciado con una distinción especial.

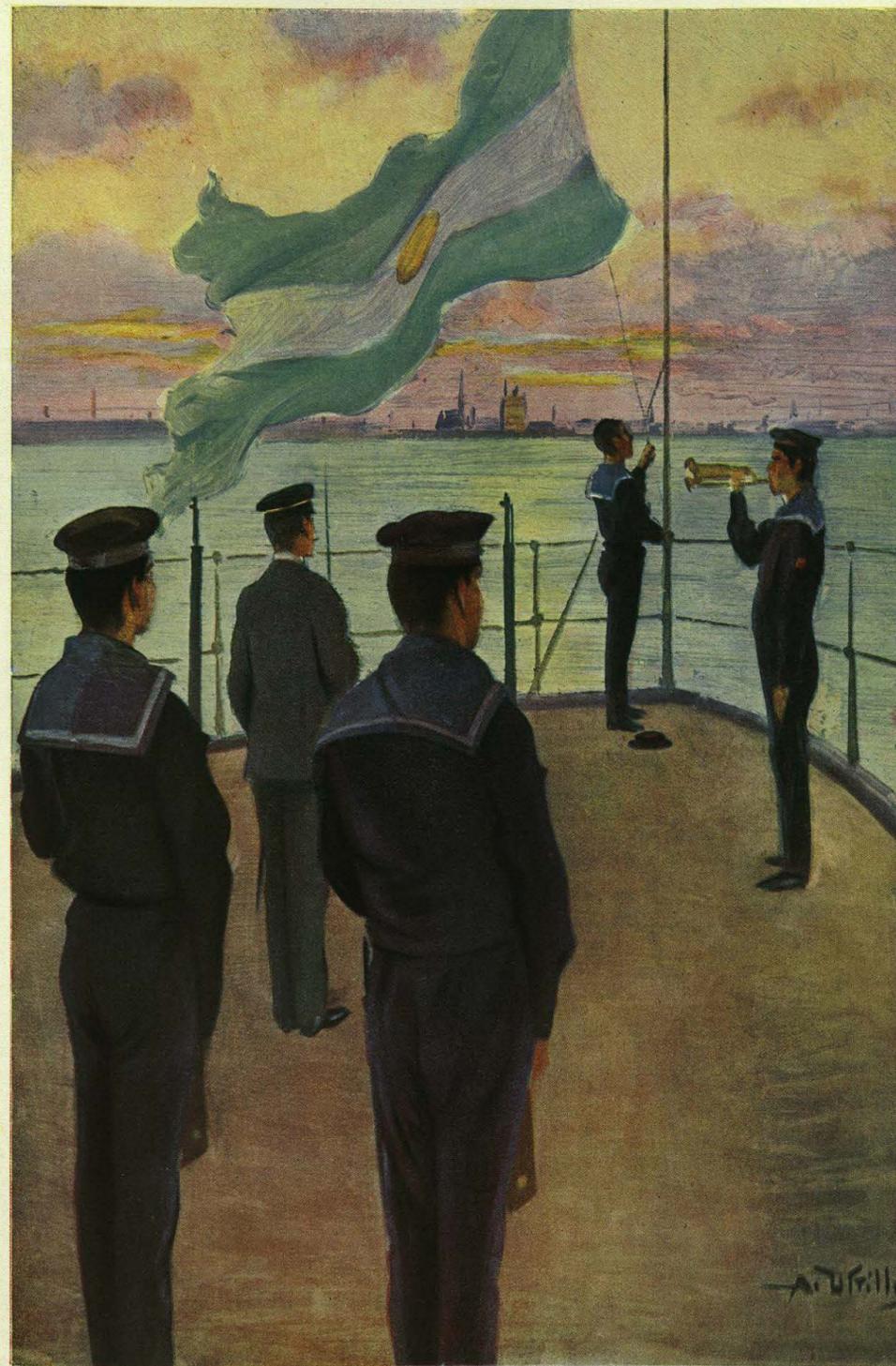
Al tocar la escuadra en Canarias, se insubordinaron los soldados, poco acostumbrados á las penalidades del mar, fugándose muchos de ellos. En la bahía de Río Janeiro, el descanso de las naves fué acompañado de un crimen. Iba en la escuadra como segundo jefe ó Maestre de Campo, Juan de Osorio, joven militar de apostura arrogante, refinada elegancia y grandes

(1) En la expedición de Mendoza figuraron muchos hombres de alta situación, nobles caballeros, comandadores de Ordenes Militares, etc.

El mismo Mendoza, en la declaración prestada en Sevilla antes de partir la flota, dice así:

«Hay en las naos muchos caballeros é personas desesperencia, así para cargos como para cosas de guerra, habiendo prestado juramento é pleito homenaje como caballeros hijosdalgo: Pedro Fernández de Ludeña, vecino de Madrid, su maestre de campo en las gentes de á caballo; Juan Osorio, vecino de Morón, en Andalucía, su maestre de campo en la infantería; Alonso de Cabrera, vecino de Loja, alférez general de toda la infantería; Juan de Leiva, vecino de Ronda, su alférez de la gente de á caballo; Galaz de Medrano, vecino de Santa Cruz, su capitán de la Guardia; Gaspar López, vecino de Alba de Tormes, su sargento mayor de infantería; Juan de Ayolas, su alguacil mayor; Gonzalo de Cuadro, vecino de Sevilla, su capitán de la mar, é Juan Salazar de Espinosa, vecino de Pomar, capitán del galeón *Anunciada*.»

A más de éstos, figuraban otros caballeros de alto rango, que hasta habían sido gentilhombres de la familia del Emperador.



MARINA ARGENTINA - ARRIANDO LA BANDERA Á LA PUESTA DEL SOL

ambiciones, que se había distinguido mucho en las guerras de Europa. Entre él y Don Pedro de Mendoza comenzaron á agriarse las relaciones, por diversidad de caracteres.

Juan de Ayolas, otro de los tenientes, futuro explorador del Chaco, por afecto al jefe ó por querer mal á Osorio, dijo al Adelantado que éste predicaba á los soldados de la escuadra «que no tenían por qué obedecer á Don Pedro de Mendoza». Juan de Cáceres y otros oficiales ratificaron el dicho de Ayolas.

Era indudable que los soldados, habituados á recibir órdenes de Osorio y seducidos por su marcial apostura, le tenían en más afecto que al Adelantado, siempre enfermo é invisible. Además, Osorio, en una de las escalas del viaje, había dicho señalando á Don Pedro: «Éste me mira mal, pero saltaremos á tierra y yo tengo de tener veinte arcabuceros de los diabólicos que en haciéndoles del ojo me tengan entendido, y derribarán al que yo les indique».

La escasez de provisiones y una tormenta obligaron á las naves, en Noviembre, á refugiarse en la bahía de Río Janeiro. No existía entonces allí más que un pobre fortín portugués, con algunas chozas dentro de la muralla. El enfermo y atrabiliario Mendoza, para sostener la disciplina, había decidido ya la suerte de su Maestre de Campo, en virtud del poder absoluto que le había conferido el Emperador sobre los hombres de la expedición. «Fallo — dictó á su secretario — que doquiera sea tomado Juan Osorio, mi Maestre de Campo, sea muerto á puñaladas ó á estocadas, ó de otra cualquiera manera, hasta que el alma le salga de las carnes». Y encargaba esta ejecución á sus oficiales Juan de Ayolas, Galaz de Medrano, Pedro de Luján y Juan Salazar de Espinosa.

Osorio, que venía en la nave *La Magdalena*, pasó á la *Santa Catalina*, mandada por su gran amigo Don Carlos de Guevara, y luego bajó á tierra, plantando su tienda á corta distancia de la de Don Pedro. En la mañana del 3 de Diciembre, el Maestre de Campo se paseaba por la playa con su amigo Guevara, muy apuesto y gentil, «con calzas y jubón de raso blanco, colete requemado con cordones de seda, gorra de terciopelo y camisa labrada con hilos de oro». Las damas de la expedición también estaban en tierra y habían sacado de los cofres sus mejores ropas. La costa salvaje era un paseo elegante, con su doble fila de tiendas.

Ayolas y los otros oficiales designados por Don Pedro avisan á Osorio que el Adelantado le llama; pero al llegar á la entrada de la tienda y «tirar de la gorra para hacerle su acatamiento», Ayolas le toma el brazo y le intima rendición en nombre del jefe, mientras Medrano, Luján y Salazar de Espinosa lo rodean amenazantes. Don Carlos de Guevara entra en la tienda para interceder por su amigo, pero Don Pedro le contesta imperativamente: «Quitáos, que yo lo mando».

Ayolas y Osorio disputan á pocos pasos con irritadas voces. El Maestre de Campo se indigna al saber que lo prenden por traidor, y Juan de Ayolas, alguacil de la Armada, parece dudar en el cumplimiento de su terrible mandato; pero le llega un recado del malhumorado Don Pedro, que según dicen, estaba almorzando en el interior de su tienda: «Que hagan lo que han de hacer». Entonces Ayolas se precipita sobre Osorio, le arranca una daga que llevaba al cinto y con ella le da de puñaladas «por la hijada y el pescuezo». Según dice Made-



NUESTRA SEÑORA DE LOS BUENOS AIRES (Imagen existente en Sevilla, en el palacio de San Telmo).